

Ganador del National Book Award

ANDREW SOLOMON

A black silhouette of a child jumping into water, with ripples and splashes around them. The child's arms are outstretched, and their legs are bent in mid-air. The background is a warm, golden-yellow color with a textured, rippled pattern.

LEJOS
del ÁRBOL

Historias de padres e hijos
que han aprendido a quererse

DEBATE

LEJOS DEL ÁRBOL

Historias de padres e hijos
que han aprendido a quererse

ANDREW SOLOMON

Traducción de
Joaquín Chamorro Mielke y Sergio Lledó Rando

www.megustaleerebooks.com

Índice

Lejos del árbol

1. Hijo
2. Sordos
3. Enanos
4. Síndrome de Down
5. Autismo
6. Esquizofrenia
7. Discapacidad
8. Prodigios
9. Violación
10. Crimen
11. Transgénero
12. Padre

Agradecimientos

Bibliografía

Notas

Biografía

Créditos

*Para John, por cuya diferencia ignoraría con gusto
toda identidad existente en el mundo*

Lo imperfecto es nuestro paraíso.
Notar que, en esta amargura, la delicia,
puesto que lo imperfecto es tan ardiente en nosotros,
reside en defectuosas palabras y tercios sonidos.

WALLACE STEVENS,
*Los poemas de nuestro clima*¹

1

Hijo

No existe lo que llamamos «reproducción». Cuando dos personas deciden tener un bebé, se comprometen a realizar un acto de producción, y el uso generalizado de la palabra «reproducción» para esta acción, en la que se implican dos personas, es en el mejor de los casos un eufemismo para consolar a los futuros padres antes de implicarse en algo que está por encima de ellos. Es frecuente que en las fantasías subconscientes que hacen tan seductora la concepción seamos nosotros mismos los que queremos vivir para siempre, no un otro con una personalidad propia. Cuando anticipamos así el avance de nuestros genes egoístas, muchos de nosotros no estamos preparados para tener hijos que presentan necesidades desconocidas. La paternidad nos catapulta bruscamente a una relación permanente con un extraño, y cuanto más singular es el extraño, más fuerte es el olor de la negatividad. Queremos ver en los rostros de nuestros hijos la garantía de que no moriremos. Los hijos cuyas peculiaridades definitorias borran la fantasía de la inmortalidad son como un insulto; tenemos que amarlos por ellos mismos, no por el bien que nos hagan, y este es un reto de difícil respuesta. Amar a nuestros hijos es un ejercicio de imaginación.

Pero en las sociedades modernas, lo mismo que en las antiguas, la sangre es más densa que el agua. Pocas cosas son tan gratificantes como los hijos sanos y queridos, y pocas situaciones tan infortunadas como el fracaso o el rechazo filial. Nosotros no somos nuestros hijos; ellos portan genes atávicos y rasgos recesivos, y están sometidos desde el principio a estímulos ambientales que escapan a nuestro control. Pero también somos nuestros hijos; la realidad de la paternidad jamás abandona a quienes han afrontado la metamorfosis. El psicoanalista D. W. Winnicott dijo una vez que «no existe lo

que llamamos “un bebé”; si nos proponemos describir a un bebé, lo haremos asociándolo con alguien. Un bebé no puede existir solo, sino que es esencialmente parte de una relación». ¹ En la medida en que se parecen a nosotros, nuestros hijos son nuestros más preciados admiradores, y en la medida en que no se parecen, pueden ser nuestros más vehementes detractores. Desde el principio les inducimos a que nos imiten y anhelamos lo que podría ser el mayor halago de nuestras vidas: que elijan vivir conforme a nuestro sistema de valores. Aunque muchos de nosotros nos sentimos orgullosos de lo diferentes que somos de nuestros padres, nos entristece lo diferentes que nuestros hijos son de nosotros.

Debido a la transmisión de identidades de una generación a la siguiente, la mayoría de los hijos comparten al menos algunos rasgos con sus padres. Son estas identidades verticales. Caracteres y valores pasan de padres a hijos a lo largo de las generaciones no solo a través de hebras de ADN, sino también a través de normas culturales compartidas. La identidad étnica, por ejemplo, es vertical. Los niños de color son por lo general hijos de padres de color; el hecho genético de la pigmentación de la piel se transmite a lo largo de generaciones junto con una autoimagen de persona de color aunque esta autoimagen pueda estar sometida a fluctuaciones generacionales. El lenguaje es generalmente vertical, pues la mayoría de las personas que hablan griego quieren que sus hijos hablen también griego, aunque lo declinen de otra forma o hablen otra variante más moderna. La religión es medianamente vertical: los padres católicos tenderán a dar a sus hijos una educación católica, aunque estos puedan volverse irreligiosos o convertirse a otra fe. La nacionalidad es vertical excepto en el caso de los inmigrantes. El cabello rubio y la miopía se transmiten a menudo de padres a hijos, pero en la mayoría de los casos no constituyen una base importante para la identidad (el cabello rubio porque es realmente insignificante, y la miopía porque tiene fácil corrección).

Pero es frecuente que alguien posea un rasgo inherente o adquirido que sea extraño a sus padres y tenga que adquirir su identidad

de un grupo de personas que sean iguales que él. Esta es una identidad horizontal. Las identidades horizontales pueden ser expresión de genes recesivos, mutaciones azarosas, influencias prenatales o valores y preferencias que un hijo no comparte con sus progenitores. Ser gay es una identidad horizontal; la mayoría de los niños que lo son nacen de padres heterosexuales, y mientras su sexualidad no venga determinada por sus iguales, conocen su identidad gay observando una subcultura exterior a la familia y participando en ella. La discapacidad física tiende a ser horizontal, al igual que el genio. También la psicopatía es frecuentemente horizontal; la mayoría de los criminales no han sido reclutados por mafiosos, y deben concebir sus propias fechorías. Igualmente lo son padecimientos como el autismo y la discapacidad intelectual. Un niño concebido como resultado de una violación sufrirá problemas emocionales que su madre no puede conocer, aunque sean secuelas de su trauma.

En 1993, el *New York Times* me encargó investigar la cultura de los sordos.² De la sordera tenía la idea de que era una deficiencia y nada más. Durante meses me encerré en el mundo de los sordos. La mayoría de los niños sordos nacen de padres oyentes, y estos padres frecuentemente priorizan la adaptación al mundo de los oyentes, concentrando todos sus esfuerzos en el habla y en la lectura labial. De este modo pueden descuidar otras áreas de la educación de sus hijos. Mientras que algunos sordos leen bien los labios y se les entiende cuando hablan, muchos otros no tienen esta habilidad, y durante interminables años son tratados por audiólogos y logopedas en vez de estudiar historia, matemáticas y filosofía. Muchos asumen su identidad en la adolescencia, y esto es para ellos una gran liberación. Entran en un mundo que utiliza un lenguaje de signos y en él se descubren a sí mismos. Algunos padres oyentes aceptan este nuevo y potente desarrollo, pero otros se oponen a él.

Esta situación me es de todo punto familiar, porque yo soy gay. Los gays suelen crecer en un ambiente propio de padres heterose-

xuales que piensan que sus hijos vivirían mejor como heterosexuales y que los presionan para que se comporten como tales, con lo cual solo consiguen atormentarlos. A menudo descubren su identidad gay en la adolescencia o más tarde, experimentando entonces un gran alivio. Cuando empecé a escribir sobre los sordos, el implante coclear, que puede proporcionar cierta audición, era una innovación reciente.³ Los progenitores la saludaron como una cura milagrosa para un defecto terrible, mientras que la comunidad sorda la condenó como un ataque genocida a una comunidad unida y satisfecha. Desde entonces, ambas partes han moderado su retórica, pero el caso se complica por el hecho de que los implantes cocleares son más eficaces cuando su implantación quirúrgica se efectúa tempranamente —lo ideal es hacerlo en infantes—, por lo que es frecuente que los padres decidan realizarlo antes de que el niño pueda tener o expresar una opinión informada al respecto.⁴ Asistiendo a este debate, me daba cuenta de que, de haber existido un tratamiento temprano parecido, mis padres habrían consentido en someterme a él para que yo fuese heterosexual. No tengo la menor duda de que, si ahora apareciese una cosa así, acabaría con la mayor parte de la cultura gay. Me entristece la idea de semejante amenaza, y cuando amplié mi conocimiento de la cultura de los sordos, comprendí que las actitudes de mis padres, que eran fruto de la ignorancia, se asemejaban a la que probablemente habría sido mi reacción ante un hijo sordo. Mi primer impulso habría sido hacer cuanto estuviera en mi mano para poner arreglo a la anormalidad.

Más tarde, una amiga mía tuvo una hija que padecía enanismo. Se preguntaba si debía educar a su hija de tal manera que pudiera considerarse una persona como las demás, solo que de menor estatura, si debía asegurarse de que su hija adoptara modelos de conducta propios de los enanos, o si debía considerar el alargamiento quirúrgico de las extremidades. Mientras me manifestaba su incertidumbre, observé un patrón que me resultaba familiar. Me había estremecido advertir mis puntos en común con los sordos, y ahora me identificaba con una enana; me preguntaba quiénes más estarían

esperando para unirse a nuestras jubilosas filas. Pensé que si el hecho de ser gay, entendido como una identidad, podía escindirse de la homosexualidad entendida como una enfermedad, y la sordera entendida como una identidad de la sordera entendida como una enfermedad, y si también el enanismo como identidad podía emerger de una aparente discapacidad, entonces tenía que haber muchas otras categorías en este difícil territorio intersticial. Era esta una idea radicalizadora. Después de haberme imaginado siempre como miembro de una minoría bastante exigua, de pronto me percaté de que pertenecía a una inmensa compañía. La diferencia nos une. Si cada una de estas experiencias puede aislar a los afectados, estos forman un conjunto de millones de personas cuyas luchas las conectan profundamente. Lo excepcional es omnipresente; ser enteramente típico es un caso raro y aislado.

Igual que mis padres no comprendieron cómo era yo, habrá otros padres que no comprendan a sus hijos. Muchos padres se toman la identidad horizontal de sus hijos como una afrenta. La notable diferencia de un hijo con el resto de la familia demanda conocimiento, capacidad y acciones para las cuales una madre y un padre típicos no están cualificados, al menos al principio. El hijo es también manifiestamente diferente de la mayoría de los chicos de su edad, por lo que generalmente se siente menos comprendido o aceptado entre ellos. Los padres maltratadores no insultan tanto a los hijos que se les parecen físicamente; el que es bravucón reza para que su hijo tenga sus rasgos.⁵ Las familias tienden a reafirmar las identidades verticales desde la más temprana infancia, pero son muchas las que se oponen a las horizontales. Las identidades verticales suelen ser respetadas como tales identidades, mientras que las horizontales son a menudo consideradas meros fallos.

Alguien podría decir que las personas de color tienen muchas desventajas en el Estados Unidos de hoy, pero hay poca investigación sobre el modo de alterar la expresión genética para que la siguiente generación nacida de padres negros tenga el cabello liso y rubio y la tez clara. En la América moderna es a veces difícil ser asiá-

tico, judío o mujer, pero nadie creería que los asiáticos, los judíos o las mujeres pudieran ser tan necios como para querer convertirse en varones blancos y cristianos si pudiesen. Muchas identidades verticales hacen que la gente se sienta incómoda, y sin embargo no intentamos homogeneizarla. No puede decirse que las desventajas de ser gay sean mayores que las de las mencionadas identidades verticales, pero durante mucho tiempo la mayoría de los padres han tratado de volver heterosexuales a sus hijos gays. Los cuerpos con anomalías suelen infundir más horror entre las personas que los ven que entre las que los tienen, pero el afán de los padres por normalizar las excepciones físicas tiene a menudo un gran coste psíquico para ellos y sus hijos. Etiquetar a un hijo como «enfermo mental» —ya se trate de un caso de autismo, discapacidad intelectual o transexualidad— puede reflejar el malestar que una mente como la suya causa a los padres más que el que causa al propio hijo. Se procede a corregir muchas cosas que habría sido mejor dejar como están.

«Deficiente» es un adjetivo que durante mucho tiempo se ha considerado excesivo en el discurso progresista, pero los términos médicos que lo han sustituido —«enfermedad», «síndrome», «afección»— pueden resultar casi igual de peyorativos en su discreción. Con frecuencia usamos «enfermedad» para menospreciar una manera de ser, e «identidad» para dar por válida esa misma manera de ser. Esta es una falsa dicotomía. En la física, la interpretación de Copenhague define la materia/energía como algo que se comporta unas veces como una onda y otras como una partícula, lo que indica que es ambas cosas y postula que es nuestra limitación humana la que nos impide verlas al mismo tiempo. El físico Paul Dirac, ganador del Premio Nobel, definió la manera en que la luz parece ser una partícula cuando nos preguntamos si es una partícula y una onda cuando nos preguntamos si es una onda.⁶ Una dualidad similar la encontramos en el tema de la persona. Muchas características son a la vez enfermedad e identidad, pero no podemos ver una sola de ambas cosas si oscurecemos la otra. La política de la identidad refu-

ta la idea de enfermedad, mientras que la medicina rehúye la identidad. Ambas cosas se reducen a causa de esta estrechez.

Los físicos han llegado a comprender por qué la energía se manifiesta unas veces como onda y otras como partícula, y usan la mecánica cuántica para reconciliar la información obtenida. De un modo parecido debemos considerar la enfermedad y la identidad, y comprender que las observaciones se llevarán a cabo en un dominio o en otro, lo cual nos llevará a una mecánica sincrética. Necesitamos un vocabulario en el que los dos conceptos no sean contrarios, sino aspectos compatibles de una característica. El problema es cambiar nuestra manera de estimar el valor de individuos y de vidas para llegar a una concepción más ecuménica de lo que significa estar sano. Ludwig Wittgenstein dijo: «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo».⁷ La ausencia de palabras es ausencia de intimidad; estas experiencias están sedientas de lenguaje.

Los hijos que aquí describo tienen características horizontales que son ajenas a sus padres. Son sordos o son enanos; tienen síndrome de Down, autismo, esquizofrenia o padecen múltiples y severas discapacidades; son niños prodigio; o fueron concebidos como consecuencia de una violación; o cometen crímenes; o son transexuales. Un viejo refrán dice que una manzana no cae lejos del árbol,⁸ queriendo decir que un niño se parece a su padre o a su madre; estos niños son manzanas que han caído en cualquier parte, unas dos huertos más allá y otras en el otro extremo del planeta. Pero ya hay miles de familias que aprenden a tolerar, aceptar y finalmente querer a hijos que no son lo que originalmente imaginaban que iban a ser. Este proceso de transformación es a menudo facilitado, y en ocasiones frustrado, por las políticas de identidad y el progreso médico, que se han infiltrado en los hogares en un grado que solo veinte años antes habría sido inconcebible.

Todos los hijos inquietan a sus padres; estas situaciones, casi siempre dramáticas, son simples variaciones de un tema común. Del mismo modo que averiguamos las propiedades de un medicamento estudiando sus efectos a dosis extremadamente altas, o comproba-

mos la viabilidad de un material de construcción sometiéndolo a temperaturas extremas, podemos comprender el fenómeno universal de la diferencia en las familias examinando los casos extremos. Tener hijos que constituyen excepciones exagera las tendencias de los padres; los que tienden a ser malos padres se convierten en padres atroces, pero los que tienden a ser buenos padres terminan siendo padres extraordinarios. Aquí adopto el punto de vista contrario al de Tolstói: las familias desgraciadas que rechazan a los hijos diferentes tienen mucho en común, mientras que las familias felices que se esfuerzan por aceptarlos son felices de muy diversas maneras.⁹

Como los futuros padres tienen cada vez más posibilidades de prevenir el reto que para ellos sería tener hijos con diferencias horizontales, las experiencias de los que tienen tales hijos son cruciales para nuestra forma más frecuente de entender la diferencia. Las primeras reacciones de los padres cuando tienen un hijo y las primeras interacciones con él determinan el modo en que ese hijo se verá a sí mismo. Las experiencias con él cambian profundamente a los padres. Los que tienen un hijo con una discapacidad, serán para siempre los padres de un hijo discapacitado; este es un hecho determinante en ellos, y un hecho determinante también de la manera en que otras personas los perciben y descifran sus vidas. Estos padres tienden a ver la anomalía como una enfermedad hasta que la costumbre y el amor los capacitan para sobrellevar la nueva y excepcional realidad, a menudo introduciendo el lenguaje de la identidad. La intimidad con la diferencia fomenta su asimilación.

Transmitir la felicidad aprendida de estos padres es vital para prestar apoyo a las identidades que pueden sufrir exclusión. Sus historias nos muestran a todos nosotros una manera de ampliar nuestras definiciones de la familia humana. Es importante saber de qué manera las personas autistas experimentan su autismo o los enanos, su enanismo. La autoaceptación es parte del ideal, pero sin aceptación familiar y social no puede suprimir las incesantes injusticias que muchos grupos con identidad horizontal sufren, y no propiciará la

reforma adecuada. Vivimos en tiempos de xenofobia, en los que la legislación deroga con apoyo mayoritario derechos de las mujeres, del colectivo LGBT,* de los inmigrantes ilegales y de los pobres. A pesar de esta crisis de empatía, la compasión prospera en los hogares, y la mayoría de los padres cuyo perfil he trazado son capaces de amar al otro lado de la línea divisora. Comprender cómo llegaron a tener un buen concepto de sus hijos puede darnos a los demás motivos e iluminación para hacer lo mismo. Para ser capaz de leer en los ojos de un hijo y ver en ellos tanto a uno mismo como a alguien completamente distinto, y luego identificarse incondicionalmente con cada aspecto suyo, hay que centrarse en la propia paternidad, pero no de forma egoísta; hay que entregarse. Es asombrosa la frecuencia con que se ha comprendido esta relación mutua, la frecuencia con que padres que habían creído no ser capaces de cuidar de un hijo especial descubren que sí lo son. La predisposición de los padres a querer a los hijos prevalece en las circunstancias más angustiosas. Hay en el mundo más imaginación de lo que uno supone.

En mi infancia padecí dislexia; por supuesto, la sigo padeciendo. Todavía no puedo escribir a mano sin fijarme en la manera en que escribo cada letra, y aun así algunas están fuera de lugar u omitidas. Mi madre, que reconoció pronto la dislexia, empezó a enseñarme a leer cuando contaba dos años. Pasaba largas tardes en su regazo aprendiendo a pronunciar palabras, entrenándome en la fonética como un atleta olímpico; practicábamos con cartas, aunque las formas de las letras no eran tan bonitas como en las suyas. Para concentrar mi atención, me daba una libreta con tapas de tela amarilla en las que estaban cosidos Winnie-the-Pooh y Tigger; hacíamos tarjetas y las usábamos en juegos que practicábamos en el coche. Yo me divertía al poner atención, y mi madre me enseñaba con gran regocijo, pues lo que me enseñaba era el mejor rompecabezas del mundo, un juego privado entre nosotros. Cuando tenía seis años,

mis padres solicitaron mi admisión en once colegios de la ciudad de Nueva York, y ninguno de los once me aceptó porque se pensaba que nunca aprendería a leer y escribir. Un año después ingresé en un colegio cuyo director reconoció de mala gana que mi capacidad lectora ya desarrollada invalidaba los resultados de pruebas que predecían que jamás aprendería a leer. Los continuos triunfos en casa indicaban un buen nivel, y la temprana victoria sobre la dislexia fue aleccionadora; con paciencia, amor, inteligencia y voluntad, habíamos vencido una anomalía neurológica. Desafortunadamente, esta victoria sirvió de marco a otras luchas posteriores que hacían difícil aceptar que jamás se lograría corregir otra anomalía cada vez más evidente: que era gay.

La gente me pregunta cuándo supe que era gay, y yo me pregunto qué implica este conocimiento. Me llevó algún tiempo ser consciente de mis deseos sexuales. Mi conciencia de que mis deseos eran exóticos y no coincidían con los de la mayoría de la gente fue tan temprana que no recuerdo lo que hubo antes. Estudios recientes han demostrado que es a la temprana edad de dos años cuando los niños que serán gays sienten aversión a ciertos tipos de juegos bruscos; a los seis años de edad, la mayoría se comportan de maneras que obviamente no son propias de su sexo.¹⁰ Como pronto evidencí que muchos de mis impulsos no eran masculinos, jugué a inventarme a mí mismo. Cuando, estando en el primer curso de primaria, se nos pidió que dijéramos cuál era nuestro alimento favorito, todos dijeron que el helado, las hamburguesas o los biscotes, pero yo elegí orgulloso el *ekmek kadayiff* con *kaymak*, que solía pedir en un restaurante armenio de la calle Veintisiete Este. Nunca intercambié un cromó de béisbol, pero era capaz de contar argumentos de telenovelas en el autobús escolar. Nada de esto me hizo popular.

Popular lo era en casa, pero siempre me corregían. A los siete años estuve una vez con mi madre y mi hermano en Indian Walk Shoes, y cuando salíamos el vendedor nos preguntó de qué color queríamos los globos. Mi hermano pidió un globo rojo. Yo uno rosa.